



LIT. DE MURQUÍA. RAY.  
Volcan del Jorullo, formado el año de 1759 en el sitio en que estuvo una hacienda de caña de azúcar.

*Churumuco* es aún notable mineral de cobre, efecto que conducen en mulas hasta Santa Clara y Ario, para fundirlo y labrarlo; de aquí el error general de que las minas existen en esas dos poblaciones. Mas de mil quinientos habitantes tiene *Churumuco*, con regulares iglesias, y fincas urbanas de buen aspecto. El pequeño pueblo de Cayaco, formado el año de 1813, por las tropas expedicionarias que fueron á combatir á los independientes, está al Sur de la hacienda de San Pedro.

### EL VOLCAN DE JORULLO.

Estaba reservado á Michoacan, en el siglo pasado, el prodigioso espectáculo de la aparicion de un nuevo volcan y presenciar escenas de la época juvenil del mundo; ver elevarse una fértil llanura, por la fuerza del fuego central, es un fenómeno asombroso que nuestros antepasados contemplaron admirados y tomaron como preludio de nuevos trastornos que iban á cambiar la faz del planeta que habitamos.

La famosa erupcion del Jorullo, acaecida el 29 de Setiembre de 1759, fué para Michoacan y toda la Nueva-España un terrible acontecimiento. La hacienda de Jorullo, á catorce leguas de Pátzcuaro, estaba valorizada en doscientos mil pesos ántes de la espantosa catástrofe; eran cuantiosas sus labores de maíz, de caña dulce y otros ramos que le dejaban libres anualmente más de diez mil pesos.

El valle en que se formó el volcan, tenia tres leguas de Oriente á Poniente y más de ocho de Norte á Sur; fértil y ameno, pusieronle los indígenas el nombre de Jorullo que en el idioma tarasco significa *Paraíso*; allí estaba la pingüe hacienda de D. José Pimentel, en la que se elaboraba azúcar de la mejor clase en la Nueva-España, y no léjos se hallaban las poblaciones llamadas la Presentacion y la Huacana. Con la erupcion del volcan se trasformó todo el valle, quedó renegrado con el continuo fuego, cubierto de disformes peñascos y cenizas, quemados los árboles, la tierra llena de aberturas y grietas, formando un elevado monte con el volcan donde era terreno llano. Por su falda corre el arroyo que ántes fertilizó el valle y ahora se llama del Salto, siendo de notar que el agua vá caliente.

Casi desde que empezaron en aquel sitio los terremotos, cesó la erupcion del volcan de Colima; sin embargo de que distan más de setenta leguas, se cree que encontrando la materia volcánica impedimento en las entrañas de la tierra para seguir su antiguo curso, halló cavidades ó condiciones á propósito para reventar en Jorullo.

En los últimos dias del mes de Junio, en 1759, comenzaron á oír los vecinos de la hacienda, sonidos subterráneos, confusos, que crecian en intensidad, como si fueran acercándose á la superficie; parecia que golpeaban á gran profundidad y seguia un rumor prolongado y extraño, cual si en los senos de la tierra se repercutiera el eco del golpe, y causaba mas asombro porque en la superficie no se notaba temblor ni alteracion alguna. La continuacion del ruido conservaba el sobresal-



to de los ánimos, creciendo el pavor cuando se percibía en el silencio y soledad de la noche: todos estaban aterrorizados, no era posible conciliar el sueño y en angustiosa vigilia pasaban las horas destinadas á la tranquilidad y al reposo.

Así trascurrieron los días hasta mediados de Julio, en que aumentando los ruidos subterráneos, empezó á moverse la tierra con temblor trepidatorio, cual si quisiera saltar la costra terrestre, impelida por una fuerza que ejercía su acción del centro á la superficie. Las vibraciones se hacían muy sensibles en las plantas de los piés y el eco ó trueno se dilataba de tal manera, que no era posible determinar su dirección ni conjeturar su término. El día 15 fueron más rícos y repetidos los estruendos y terremotos, principalmente á inmediaciones de la hacienda y se sintió, dice un testigo presencial, lo mismo que si se precipitara una gran avenida de peñas. En estos sobresaltos y en conjeturas, acabaron los meses de Julio y Agosto, variando algo los accidentes del fenómeno que siempre crecía en intensidad; á veces se oía un solo trueno, otras retumbaban varios sucesivamente y aumentaban siempre las vibraciones en la superficie del terreno, como si se fueran acercando más y más los ruidos subterráneos.

Afectáronse á tal grado los pobres labradores, con tan misterioso y terrible fenómeno, que comenzaron á abandonar sus habitaciones en la hacienda, y seguidos por sus familias buscaban asilo en los cerros, donde creían estar menos expuestos á la catástrofe que se anunciaba, consternados también por la voz generalizada entre ellos, de que el día de San Miguel acabaría la hacienda de Jorullo, pronóstico cuyo origen no pudo averiguarse y que se realizó por coincidencia extraordinaria, habiéndole dado el vulgo tan completa fé, que fueron inútiles los esfuerzos del administrador para desimpresionar á los fugitivos y persuadirlos de que debían volver á sus hogares y atender á sus desamparados intereses.

El 17 de Setiembre á las nueve de la mañana, retumbó en el recinto de la hacienda con tan formidable y terrible estrépito, que se oyó como descargas sucesivas de baterías de grueso calibre; fuertes bramidos y ecos que duraban como los del trueno, hacían saltar y moverse la tierra de un modo perceptible á la vista, terminando con un ríco terremoto. Aterrados los habitantes con tan marcados síntomas de inmediata explosión, acudieron á la capilla, implorando con gritos y lágrimas la clemencia y la misericordia de Dios. Sacaron en procesión á las imágenes que allí veneraban, cantando letanías, é hicieron muchos actos de humillación y penitencia, entre el llanto y la confusa gritería de mugeres y niños; á tanta demostración respondía el siniestro bramido subterráneo, cual si anunciara el lúgubre é irrevocable fallo de una próxima desolación.

En medio de aquellas ceremonias tan dolorosas y de las impresiones vivísimas que las acompañaban, arreció el temblor, se desprendieron las tejas de la capilla, cayendo al suelo hechas mil pedazos, incidente que puso colmo á la confusión y al terror de la muchedumbre que se dispersó atropelladamente, huyendo cada quien á refugiarse en las asperezas de los cerros inmediatos, donde aguardaban el resultado con inexplicable ansiedad, expuestos á la inclemencia y careciendo de recursos.

Por solicitud del administrador de la hacienda, fué de Pátzcuaro á Jorullo el día 20 el Padre Isidoro Molina, de la Compañía de Jesús, para celebrar misas de rogación y dirigir otros actos religiosos que aplacaran al Cielo. Oía con suma atención al orador sagrado, un pueblo atónito, despavorido, envuelto ya en las sombras de una muerte inmediata é inevitable; conmovida la tierra parecía agitarse presa de terror, ante las manifestaciones de la justicia divina, y el continuado estrépito subterráneo, semejaba la marcha de infernales legiones, próximas á invadir la superficie de la tierra.

El día 21 comenzó una novena á la Virgen de Guadalupe, con ferviente devoción; calmados un poco seis días después, los terremotos y los estruendos subterráneos, concibieron algunas esperanzas los dependientes de la hacienda; no así los demás vecinos, que firmes en su creencia de que el día de San Miguel debía cumplirse el misterioso y fatal pronóstico, se volvían á sus madrigueras tan luego que el padre Molina terminaba la misa y sus fervorosas pláticas.

Llegó el 29 de Setiembre, día de San Miguel, y hacía la media noche hubo cuatro terremotos y se oían más cerca los truenos y bramidos subterráneos. A las tres de la mañana, casi á un cuarto de legua al Oriente de las casas y ranchería de la hacienda, en la cañada de Cuitinga, deleitosa por sus frescas arboledas y por las aguas de un arroyo que la fertilizaba, reventó un torbellino de humo denso y oscuro que con rapidez se fué extendiendo hasta ennegrecer la atmósfera. A poco se oyó un estruendo tempestuoso, cual el de un inmenso río que se precipita en avenida terrible, y arrojaba la tierra globos de fuego que subían envueltos en la columna de humo, iluminando con siniestro y pavoroso resplandor. Aterrorizada la gente llamaba á gritos al Padre Molina; todos contemplaban atónitos aquel fenómeno monstruoso y terrible, y les faltaba aliento aun para la fuga; el jesuita resolvió acogerse á la capilla, en la que celebró la última misa del novenario y dió la comunión á muchos que creían asistir al fin del mundo.

Entretanto continuaba la tierra su formidable alumbramiento; salían mezclados con las mismas llamas que vomitaba el volcán, torrentes de agua y lodo negro apesotado, que extendiéndose por los vecinos campos, los convirtió en pantanos intrasitables; la nube de humo se había extendido por toda la comarca y cubriéndola con un velo fúnebre, interceptaba la luz del sol y daba un aspecto lúgubre á la naturaleza. Las llamas del volcán, creciendo á cada instante, esparcían un fulgor siniestro y realzaban aquel cuadro de desolación. La voz humana, enmudecida por el terror ó sofocada por el trueno incesante, por el ruido tempestuoso de las avenidas de agua y cieno, era impotente aun para implorar la misericordia divina.

El administrador de la hacienda D. Manuel Roman y el mayordomo, formaron la extraordinaria resolución de dirigirse al volcán y reconocerlo; pero los caballos, conociendo el peligro, no querían avanzar y volvieron los expedicionarios cubiertos de agua y lodo. Los vecinos, sacudiendo la parálisis que les ocasionara el terror, corrieron á los montes vadeando los pantanos de cieno pestilente y sin cuidarse de sacar cosa alguna de sus habitaciones. El administrador con su familia y el Padre



Molina, subieron con mucha dificultad el cerro de Cuarallo y se acamparon sin saber qué hacer, sin víveres, sin ropa y á la intempérie, cubiertos tan solo por la masa de humo que todo lo envolvía.

A la lluvia de lodo siguió otra de arena y ceniza, con tal abundancia y fuerza, que derribó las oficinas de la hacienda y cubrió los sembrados con una capa de más de una vara de espesor, y dejó convertidos los plantíos en lagunas de cieno fétido. La tempestad de fuego y arena duró todo el día 29 y el siguiente, sin que cesaran los truenos. El 1.º de Octubre reventó un río de cieno muy espeso, al pié de un monte situado detrás del volcan, tan abundante y con tal ímpetu, que cerró los caminos dejando aislados á los que se habian refugiado en el cerro de Cuarallo, sin permitirles ningun tránsito; al medio día creció el furor del volcan y arrojó enorme cantidad de arena encendida, que por ser muy pesada no se elevaba en el aire, sino que corría sobre el lodo con extraño empuje sin detenerse por la humedad, quemaba los árboles y los troncos arrastrados por las avenidas de los nuevos mantiales: aquellos raudales incandescentes corrían cual si fueran líquidos, hasta que, templada su velocidad, se hundían en el lodo y se le incorporaban por su propio peso, y los que corrían por tierra seca, se mantenían en la superficie moviéndose como si fueran animados, hasta la distancia de un cuarto de legua ó más, según el impulso que llevaban.

El 2 de Octubre, á las ocho de la noche, hubo un récio temblor y en seguida se abrieron tres bocas en la tierra, media legua al Poniente de Jorullo; pero no arrojaron ni fuego ni cenizas, sino céspedes y lodo, con tal fuerza, que parecían disparados por un mortero. En los días subsecuentes continuaron las erupciones, siempre aumentando la fuerza con que el volcan arrojaba sus arenas inflamadas, cuyas corrientes llegaron hasta la hacienda de la Presentacion, distante dos leguas, y la arrasaron completamente, dejando cubiertas y quemadas las sementeras, casas y ranchos. Inmediato á la Presentacion está el pueblo de la Huacana, abandonado por los indios el día 6, al huir con el cura, las imágenes y ornamentos, hácia el cerro en que todavía estaban refugiados los principales fugitivos de Jorullo. Después se retiraron los vecinos de la Huacana al sitio llamado Tamacuaro, y en el año de 1813 volvieron á sus antiguos hogares, quedando solamente doscientos en este lugar.

A los destrozos y catástrofes del volcan, se unían los del río, cuya caja profunda fué colmada por la incesante lluvia de arena, el agua rompió las márgenes con furia y se precipitó en los terrenos mas bajos, anegándolo y destruyéndolo todo. En los cerros cercanos al volcan, brotaron repentinamente grandes corrientes de agua por diversos puntos; el suelo en contorno quedó flojo, movido y sin consistencia, amenazando absorber á quien lo pisara; pero el hambre obligó á los desgraciados fugitivos de Jorullo, á arrostrar toda clase de peligros, para proporcionarse algun alimento; salvaron con mucho trabajo, riesgo y sobresaltos los pantanos y las corrientes de arena encendida, para llegar á las casas y trojes de la hacienda, de donde condujeron maíz y otros víveres al lugar de su refugio. La erupcion del Jorullo

precipitó de pronto en la miseria, á más de doscientas personas, que encontraron recursos en la caridad de los pueblos inmediatos. Aun los ganados, que al estallar la erupcion habian huido despavoridos á los montes, morían de hambre, aislados en un desierto de arenas y cenizas volcánicas, bajo las cuales quedaron los pastos quemados en un espacio de dos leguas.

El 8 de Octubre creció aun el estrépito del volcan y lanzó mayores masas de fuego, entre ellas muchas piedras de diversos colores, muy calcinadas y de tan poco peso, que el viento las esparcía. Las casas nuevas de la hacienda se mantuvieron en pié por su sólida construccion, pero quedaron inhabitables, hundidas en un suelo que habia subido más de una vara y brotaba por todos sus pisos agua sulfurosa de insoportable fetidez.

El comisionado por el dueño de la finca para estimar los perjuicios causados, reconoció con anteojo que el cráter podia tener de diez y ocho á veinte varas de diámetro, grueso que tenia la columna de humo que lanzaba. El 26 de Octubre habian disminuido los truenos, las llamas y arenas, y cesado los torrentes de agua; pero se condensaba el humo en nubes que se disolvían en furiosas tempestades de agua y rayos, lo que ocurría á veces tres ocasiones al día.

El Jorullo descansó más de medio siglo; pero de tiempo en tiempo amenaza queriendo recobrar su funesta actividad, y se cree que los temblores de tierra de la capital de la República, están relacionados íntimamente con la accion del volcan. Después de los años trascurridos no ha vuelto á hacer erupcion alguna notable, aunque arroja constantemente fuego, humo y cenizas; del cráter extraen azufre de buena calidad. Tiene el cerro gran elevacion sobre el nivel de las planicies que lo rodean. Cerca del volcan se encuentran aguas termales que hasta hoy no han sido analizadas. El Padre Rafael Landivar, poeta, dedicó cantos elocuentes á la descripcion del volcan de Jorullo, visitado por tantos extranjeros y mexicanos.

La fuerza y abundancia de la erupcion, se verificó por el lado del Poniente y del Noroeste; hácia éste viento son mas abundantes y cuantiosos los fragmentos, las arenas y las lavas. En la actualidad humean poco los vejigones ó ampollas chicas, inmediatas al volcan, y muchas están enteramente apagadas y desmoronadas, al parecer sin efecto para siempre, lo que tambien aconteció al volcan, pues amenazan ruina las hendeduras perpendiculares de su borde superior y vendrá á quedar como otros volcanes, frio y sin accion, después de haber sido el terror de algunas generaciones. A una legua al rededor del volcan, se encuentran los restos de las lavas volcánicas llamadas *Malpais*, atravesadas por caminos de arena suelta semejante á ceniza oscura y renegrida. El volcan se eleva 1578 piés sobre las planicies que lo rodean.